

Pero aún mejor había sido el primer tiempo, poderoso y melodramático, con una música que saltaba o se recogía en sí misma con la ferocidad de un tigre amenazado.

Si Daniel Barenboim construye tiempos de sonata feroces, Martha Argerich es feroz por sí misma. Su recital fue todo energía ya desde el inicio, la Segunda Partita: o sea, Bach, que dicen que es una de sus especialidades. Y vaya si lo es. Como que uno se olvida de que aquello es un ejercicio, y de que está escrito para clavicémbalo, y de que es Bach, y de todo, vamos. En manos de la Argerich aquello se convierte en un ente fabuloso e incontenible que te coge en volandas, y te trae, y te lleva, y te acaba dejando sin respiración. Y eso no fue nada, que luego vino Prokofiev: la terrorífica Sonata Séptima, de la que muchos destacan su fuerza descriptiva, cuando quizá sea más fácil, ahora, ver en ella la obra de quien busca retroceder estilísticamente de la manera más digna, mirándose en el espejo de Ravel. Fuera de contenidos e intenciones, de lo que no deja dudas la Sonata es de que Prokofiev acumuló en ella efectos y dificultades porque pensaba en un ejecutante excepcional, Sviatoslav Richter, el Sviatoslav Richter de principios de los años 40. Y lo mejor que se puede decir de Martha Argerich es que, si Prokofiev hubiera tenido que pensar en ella, no habría cambiado nada, y hasta a lo mejor hubiera complicado más la cosa.

Tras el descanso, que nos merecíamos todos, llegó la Tercera Sonata de Chopin. Las notas del programa advertían del error de considerar esta música como "frágil y enfermiza", pero con Martha Argerich no hay peligro. Su Chopin es resuelto, categórico y rebosante de salud: homérico e impetuoso, más que Chopin parece John Wayne. Aquello fue de verse. La Argerich volaba por pasajes de endemoniado virtuosismo, y descargaba con la mano izquierda acordes que eran como puñetazos en el ojo. En música clásica no sé cómo decirlo, pero a eso en el jazz se le llama tener swing. ¡Qué bárbara! Cuando terminó la Sonata, retiró las manos bruscamente, como si el piano diera calambre. Y yo juraría que sí, que lo daba. Si no, no sé a qué espera. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

Orquesta Mondragón: los límites del plástico

EN el raquítico panorama de la música rock de este país, es difícil que se produzca un fenómeno como el de la Orquesta Mondragón. Antes de grabar un solo disco, este grupo donostiarra se ha venido labrando una merecida fama, a través únicamente de sus actuaciones en directo —escasas, pese a todo— y a las noticias que, como olas, se han venido recibiendo de sus milagros y hazañas. Después de dos años aproximados de andanzas, al fin la Mondragón ha lanzado al ruedo un LP (1), no por esperado menos inquietante.

Las dificultades, a priori, de esta grabación eran evidentes: la banda de Javier Gurruchaga y Cía. es un espectáculo, ante todo, visual, escénico. Era problemático reconstruir la atmósfera que la Orquesta es capaz de ofrecer en directo, y trasplantarla al "plástico". Muchos de los "gags", montajes y sorpresas que son moneda corriente en una actuación son imposibles de recoger en un estudio de grabación. La empresa era, pues, de todo punto complicada; el reto, suficientemente apasionante, sobre todo para un grupo que, más allá de su presunto y aparente "pasotismo", quiere realizar un

(1) Orquesta Mondragón: *Música hinchable* (Emi Odeón 10 C 064-0216291).

Javier Gurruchaga, vocalista de la Orquesta Mondragón.



Cultura a la contra

Infamia ciudadana

HACE más o menos un año se podía ver en nuestras calles carteles de una agencia publicitaria con las fotos de presuntos grapos en una llamada al soplo, a la denuncia. No les bastaba a nuestros mandatarios con engañarnos haciéndonos creer en la existencia de una democracia fantasmal, carnavalesca —no puede haber democracia que base su existencia en el terror y en la mutua desconfianza—; pretendían, además, envilecernos con la traición y la denuncia, amparadas en el miedo bien orquestado a los grupos terroristas. Miedo, engaño y envilecimiento, armas que emplean las carceleros de todas las prisiones del mundo para dominar a sus presos, haciéndoles perder la dignidad. Miedo, engaño, envilecimiento del personal: armas de quienes han desechado los sistemas directos —poco adecuados para entrar en el club comercial de las democracias europeas— de la dictadura, pero que siguen necesitando, en tanto que Gobierno, la esclavización de todos sus administrados. Y también ignorancia, desinformación, inseguridad. Vivimos en un mundo que se nos oculta y tergiversa, más ignorantes en lo que a nuestra realidad respecta que pudiera serlo un hombre de la Edad Media con respecto a la suya.

Uno de los frutos de esta campaña de desinformación y terror es la creación de comités de ciudadanos cazadores que, en el cinturón industrial de Madrid, concretamente en Móstoles, se han organizado en bandas más o menos armadas para perseguir y golpear a los "delincuentes juveniles". Se ha dicho y repetido que en nuestra sociedad el ser joven supone ya un delito. Ser niño y pobre, por lo visto, es un doble delito, y los ciudadanos aterrados persiguen a niños de quince años, de catorce, de doce; a niños que por ahora no tienen edad para entrar en la cárcel —en Carabanchel, quiero decir; no en la calle, que ya es una cárcel—, ni posibilidad de ir a la escuela, pero que ya son calificados —clasificación desinformativa y terrible— "delincuentes habituales". Hijos de padres en paro o de madres solteras, de familias con problemas gravísimos, se encuentran nada más entrar en el mundo con una vida áspera e insatisfactoria, con una situación de inferioridad y desesperación. La mayor parte de los medios de comunicación echan la culpa de su conducta delictiva a la televisión, al cine —a la parcela de la cultura a la que tienen acceso la mayor parte de los españoles—, o a un supuesto "impulso juvenil de rebeldía". Es curioso comprobar que la nefasta influencia de la cultura de la imagen, con su violencia y su sexo, se ejerce sobre todo, y da sus frutos, sobre niños miembros de las clases sociales y económicas menos favorecidas; no lo es tanto que en esas clases el "impulso de rebeldía" resulte más acusado; cuando no se tienen cubiertas las necesidades vitales —vivienda, alimentación e incluso diversión, que también es una necesidad— resulta bastante normal la rebeldía; no es una tosferina que ataca a todos los humanos a ciertas edades.

Y conste que yo no estoy a favor del ejercicio de la delincuencia; me molesta como a todos el que me roben o me apaleen (si me violasen lo tomaría como un curioso rasgo de humor). Ahora bien, nunca he creído en el linchamiento —ni en el linchamiento legal ejercido por aquellos que están facultados para hacerlo— como medio para erradicarla. Me parece que el problema no está en quien delinque, sino en las circunstancias que le llevan a ello. No creo que el hombre sea bueno o malo por naturaleza: es un animal con necesidades que satisfacer. Y la sociedad, tal como está instituida, impide a la mayor parte de los hombres el satisfacer sus necesidades. Si hay que perseguir a alguien con garrotes es a los responsables de tal estado de cosas, no a sus víctimas.

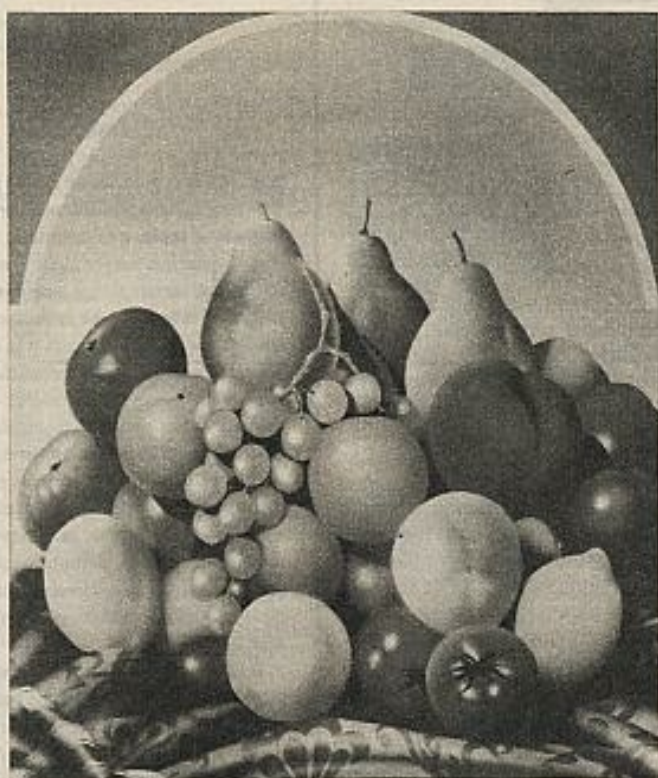
Pero ahora ciudadanos aterrados ejercen su labor de vigilantes, como en una película del Oeste. Y si cazan a alguien será a una víctima más, a uno de los suyos. El miedo y el valor que el mismo miedo genera se podría emplear para otras cosas. ■ EDUARDO HARO IBARS.

trabajo auténticamente serio y profesional por caminos, eso sí, inexplorados, o vírgenes, en nuestro contexto. Así, una serie de nombres competentes vienen apoyando la experiencia: letras a cargo de Eduardo Haro Ibars, que conoce el ambiente y la estética rockera como pocos, y que, además, tiene un notable dominio del lenguaje; un productor como Julián Ruiz, periodista y enamorado de la música anglosajona; músicos prestigiosos, como Pedro Iturralde y Vlady Bas, apoyando la sección de vientos; y finalmente, una portada y un diseño del experimentalista Iván Zulueta.

Con todos estos ingredientes, más los que proceden de la propia salsa de la Orquesta, era difícil no realizar un buen disco. Sin embargo, paradojas de la vida, resulta que tampoco ha sido lo que muchos esperábamos. Es cierto que parte del encanto y de la magia global del conjunto ha sido restituida; es también verdad que el disco no falla por el lado de la atmósfera y del sonido, casi siempre bueno; la personalidad iconoclasta, irreverente, descarada y desmadrada de Johnny Zímbel y sus compañeros se capta en multitud de ocasiones; finalmente, hay ideas literarias y poéticas; imágenes de la calle, de la vida, de la marginación, como seguramente no se habían reunido nunca en un disco de la joven generación "pop". ¿Qué sucede entonces?

Arriesgado y subjetivo, seguramente, será aventurarlo; pero ahí va una hipótesis: Es por el lado estrictamente musical por donde el barco hace agua; al lado de algunos momentos excelentes y originales; al lado de ciertas innovaciones e inclusiones de carácter "kistch" y absolutamente acertadas, lo que predomina es un tono general híbrido entre el puro rock clásico y las influencias "rolling stonianas" (por entendernos). El estilo pierde coherencia y riqueza con la dispersión.

Con todo y con ello, sería equivocado extraer la impresión de que esta primera experiencia discográfica de la Mondragón es un intento fallido. No mejora su imagen, aunque sí la mantiene. Porque a este grupo hay que verlo. Oírlo significa, de momento, solamente una aproximación relativa a su real valía. ■ALVARO FEITO.



ARTE

La orgía frutal de Urculo

POCAS veces podemos hablar de fiesta, en su sentido más amplio, frente a una exposición de pintura. Pero en el caso de esta nueva aparición de Eduardo Urculo, la fiesta se hace evidente estridente en el marco de sus **frutos de Sa Pleta**, una orgiástica exhibición de las abundancias frutales, salvadas para la modernidad. El bodegón, esa vieja tradición de la pintura, relegado —en tiempos de explosión vanguardista o de revival de las vanguardias— a ser un aditamento a adquirir en tiendas de muebles como acompañante de tresillos y mesillas ratonas, pocas veces es redimido por los pintores actuales que parecen haberse olvidado que el impresionismo y el cubismo vivieron de las rentas del bodegón el tiempo de un suspiro que duró su vigencia. Urculo nos sorprende porque asume valentías en tiempos de fórmulas, de redichos y de king-size de aspi-

rantes a tapizar museos. Nos sorprende con estos frutos tendidos a nuestra voracidad y a nuestra memoria, repitiéndonos que hubo un tiempo de generosas ofrendas de la tierra, de paradisiacos premios a la vulgaridad del hombre. Las relucientes manzanas, las grandes berenjenas, los aguacates tropicales, el limón, las uvas complacientes o el rojizo tomate, son reclamo de un vitalismo agigantado, de un entusiasmo del arte ante una naturaleza tan generosamente ofrecida. Pero Urculo no se reduce a trazar el fresco y dejarlo al albedrío caprichoso de los otros, sino que incorpora al bodegón frutal la alucinación de su pintura anterior y enfrenta las joyas vegetales a la magia de las telas y los cojines para lograr violáceos prerrafaelitas y tejidos de William Morris, o prefiere enfrentarlas con el azogue narcisista del espejo y hacerlas literatura fantástica: una invasión de frutos que vienen del país de los espejos e inundan ese otro lado en el que estamos nosotros, sus gozosos espectadores embriagados por el perfume intenso de sus colores y presos de un conjuro que sólo la sabiduría de un pintor como él pueden lograr. La luz mortecina

del atardecer entra por una ventana abierta y llena de vaho azul el aire que rodea las selectas piezas, o si no, una escenografía teatral, llena de arquitectura falsa que nada sostiene, convoca a la música. Una música wagneriana resuena en las almohadas mullidas y golpea el cristal de una ventana modernista, catalana, que alguien instaló en el novecientos en un lugar de Menorca. Porque es en Sa Pleta, una finca menorquí, donde viven los otros frutales, los reales que han dado vida a la ficción de Urculo. Por fin, ocupando casi todo el asiento, las frutas del sillón, las que despejan el lugar del patriarca. Urculo ha organizado el paraíso con los emblemas de la expulsión. En el emblema mordido para hallar la salida, nosotros podemos encontrar la entrada. (Galería Sen. Núñez de Balboa, 37. Madrid.)

Alfonso Albacete

Un pintor joven, que no estuvo incluido en la apuesta de los ochenta, pero que tiene calidad sobrada como para reemplazar a algunos de aquellos elegidos, presenta en Madrid su obra más reciente. Alfonso Albacete, que abandona aquí una época de puntilloso dibujo, centra su observación en el propio estudio y pinta, esta vez con una naturalidad gestual asombrosa, los objetos que le rodean a la hora misma de pintar. ¿Pintura sobre la pintura?, desde las fiebres estructuralistas los poetas se empeñan en hacer arte poética en verso, metapoesía, los pintores nos han destilado también su pintura-pintura con algunos primores y otras desventuras, pero Albacete insiste en el ritual de pintar y desvela con pasión todos los objetos del ceremonial. Entregado a la magia de todos-los-colores y a la materia desbordada, el estudio de Albacete se desintegra y un universo de frascos, pinceles, pomos y desvaídos perfiles, dan testimonio del hacer, que es el principal protagonista. Un pintor joven y verdadero que parece encontrar aquí una forma de expresión personal. (Galería Egam. Villanueva, 29. Madrid.) ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.